

fundar una sociedad sin raíces. Reconociendo por padre á un fraile alemán del siglo XVI, renunció á la magnífica genealogía que hace remontar al católico por una serie de santos y de grandes hombres, hasta Jesucristo, y de allí hasta los patriarcas, hasta la cuna del universo. El siglo protestante desde sus primeros momentos rehusó todo parentesco con el siglo de aquel Leon, protector del mundo civilizado contra Atila; y con el siglo de ese otro Leon, que poniendo fin al mundo bárbaro, embelleció la sociedad, cuando ya no era necesario defenderla". (*Estudios históricos sobre la caída del imperio romano, y el nacimiento y progresos del cristianismo*).

Es sensible que el autor de tan bello pasaje, y que tan atinadamente juzgaba los efectos del Protestantismo en lo tocante á las letras y á las artes, haya dicho que "la Reforma fué propiamente hablando la verdad filosófica, que revestida de una forma cristiana, atacó la verdad religiosa". [*Ibid. Prefacio*]. ¿Qué significan estas palabras? para decidirlo con acierto, veamos como las entiende el ilustre autor. "La verdad religiosa, dice, es el conocimiento de un Dios único, expresado por un culto; la verdad filosófica es la triple ciencia de las cosas intelectuales, morales y naturales". [*Estudios históricos, Exposición*]. No es fácil concebir como admitiendo la verdad de la religion católica, y por tanto reconociendo la falsedad de la protestante, se podrá llamar á ésta, verdad filosófica en pugna con aquella que es la verdad religiosa. Así en el orden natural como en el sobrenatural, en el filosófico como en el religioso, todas las verdades vienen de Dios, todas van á parar á Dios. No cabe pues la lucha entre las verdades de un orden y las verdades de otro; no cabe lucha entre la religion y la verdadera filosofía, entre la naturaleza y la gracia. Lo que es verdadero es la realidad, porque la verdad está en los mismos seres, ó mejor diremos, no es otra cosa que los seres, tales como existen, como son en sí; y por lo mismo es muy inexacto el decir que la verdad filosófica estuvo nunca en lucha con la verdad religiosa. Según el mismo autor, "la verdad filosófica es la independencia del espíritu del hombre; ella tiende á descubrir, á perfeccionar en las tres ciencias de su competencia, la intelectual, la moral y la natural"; "pero la verdad filosófica, prosigue, tendiendo hácia el porvenir se ha hallado en contradicción con la verdad religiosa, que está

unida á lo pasado, porque participa de la inmovilidad de su principio eterno". Con el respeto debido al inmortal autor del *Gemio del cristianismo* y cantor de *los Mártires*, me atreveré á decir que hay aquí una lastimosa confusion de ideas. La verdad filosófica de que nos habla Chateaubrian, ha de ser ó la ciencia misma en cuanto encierra un conjunto de verdades, ó la reunion de conocimientos, comprendiendo en ellos así la verdad como el error; ó los hombres que los poseen, en cuanto forman una clase muy influyente de la sociedad. Si lo primero, es imposible que la verdad filosófica esté en lucha con la religiosa, es decir, con el Catolicismo; si lo segundo, no será extraño que exista esta oposicion, porque habiendo mezcla de errores, algunos de estos podrian estar en contradicción con los dogmas católicos; si lo tercero, entonces por desgracia será verdad que muchos hombres distinguidos por sus talentos y saber, habrán combatido la enseñanza católica; pero como en cambio los ha habido en no menor número y no menos aventajados, que la han sostenido victoriosamente, será muy impropio afirmar que ni aun en este sentido, la verdad filosófica se haya encontrado en oposicion con la verdad religiosa.

No me propongo dar á las palabras del ilustre autor un sentido malicioso; y antes me inclino á creer que en su mente la verdad filosófica no era mas que un espíritu de independencia considerado en general, de una manera vaga, indeterminada, sin aplicacion á estos ó aquellos objetos. Solo así se podrán conciliar unos textos con otros textos, porque es bien claro que quien condena con tanta severidad la reforma protestante, no debia de admitir que esta entrañase la verdad filosófica propiamente dicha, en lo que se hallaba en oposicion con las doctrinas católicas. En tal caso ciertamente no habrá sido muy exacto el lenguaje del ilustre escritor; lo que no será de extrañar, reflexionando que la exactitud en ciencias filosófico-históricas no suele ser el distintivo de los genios acostumbrados á dejarse llevar por regiones elevadas, á impulso de los arranques de sublime poesía.

El movimiento filosófico en lo que tiene de mas libre y atrevido, no tuvo su origen en Alemania, nó en Inglaterra, sino en la católica Francia. Descartes que inauguró la nueva época, que destruyó á Aristóteles, que impulsó el adelanto de la lógica, de la física y de la metafísica, era francés y católico. La mayor

parte de sus mas aventajados discípulos pertenecieron tambien á la comunión de la Iglesia romana. La filosofía pues en lo que encierra de mas elevado, nada le debe al Protestantismo. Hasta Leibnitz, apenas se señaló la Alemania por un filósofo de nombradía; y las escuelas inglesas que han adquirido mas ó menos celebridad fueron posteriores á Descartes. Si bien se mira, la Francia fué el centro del movimiento filosófico desde fines del siglo xvi; épocas en que todos los países protestantes estaban tan atrasados en este linaje de estudios, que apenas llamaba su atención el vivo desarrollo que experimentaba la filosofía entre los católicos.

La afición á las meditaciones profundas sobre los secretos del corazón, sobre las relaciones del espíritu humano con Dios y la naturaleza, la abstracción sublime que concentra al hombre, que le despoja de su cuerpo, que le hace divagar por las altas regiones que al parecer solo debieran recorrer los espíritus celestes, comenzó tambien en el seno de la Iglesia católica. La mística en lo que tiene de mas puro, de mas delicado y sublime, ¿no se encuentra por ventura en nuestros escritores del siglo de oro? todo cuanto se ha publicado en los tiempos posteriores, ¿no se halla en santa Teresa de Jesus, en san Juan de la Cruz, en el venerable Avila, en fray Luis de Granada, en fray Luis de Leon?

¿Era por ventura protestante uno de los mas briosos pensadores del siglo xvii, el genio de quien recordamos todavía con dolor, que fuese alucinado durante algun tiempo por una secta hipócrita y seductora, el insigne Pascal? ¿no fué él quien planteó esa escuela filosófico-religiosa, que ora se lanza en las profundidades de la religion, ora en las de la naturaleza, ora en los misterios del espíritu humano, haciendo brotar en todas direcciones rayos de vivísima luz en pro de la causa de la verdad? ¿no fueron sus *Pensamientos* el libro que consultaron con predilección los apologistas de la religion cristiana, así católicos como protestantes, que tuvieron que luchar contra la incredulidad y la indiferencia?

Los profesores de la filosofía de la historia son tal vez los que mas se han señalado por su prurito en achacar á la Iglesia el cargo de enemiga de las luces, y de presentar á la falsa Reforma como ilustre defensora de los derechos del entendimiento. Por gratitud siquiera debian proceder con mas circunspección; cuan-

do no podian olvidar que el verdadero fundador de la filosofía de la historia era un católico; que la primera y mas excelente obra que se ha escrito sobre la materia, salió de la pluma de un obispo católico. Bossuet en su inmortal *Discurso sobre la historia universal*, fué quien enseñó á los modernos á contemplar la vida del humano linaje desde un punto de vista elevado; á abarcar con una sola ojeada todos los grandes acontecimientos que se han verificado en el trascurso de los siglos, á verlos en todo su grandor, en todo su encadenamiento, en todas sus fases, con todos sus efectos y sus causas, y á sacar de allí saludables lecciones para enseñanza de príncipes y de pueblos. Y Bossuet era católico, y era uno de los mas ilustres adalides contra la Reforma protestante, y agrandó si cabe su nombradía, con otra obra en que redujo á polvo las doctrinas de los innovadores, probándoles sus variaciones continuas, demostrándoles que habian tomado el camino del error, dado que la variedad no puede ser el carácter de la verdad. Bien se puede preguntar á los fautores del Protestantismo si el vuelo de águila del insigne obispo de Meaux se resiente de las pretendidas trabas de la religion católica, cuando al echar una ojeada sobre el origen y destino de la humanidad, sobre la caída del primer padre y sus consecuencias, sobre las revoluciones de oriente y occidente, traza con tan sublime maestría el camino seguido por la Providencia.

Tocante al movimiento literario, casi podria dispensarme de vindicar al Catolicismo de los cargos que le pueden hacer sus enemigos. ¿Qué era la literatura en todos los países protestantes, cuando la Italia y la España producian los oradores y los poetas, que han sido en los tiempos posteriores el modelo de cuantos se han ocupado en este linaje de estudios? Así en Inglaterra como en Alemania, no se conocian muchos géneros de literatura que estaban ya vulgarizados en los países católicos; y cuando en los últimos tiempos se ha tratado de enmendar esta falta, uno de los mejores medios que se han excogitado para llenar el vacío, es tomar por modelos á los escritores españoles, sujetos *al oscurantismo católico y á las hogueras de la inquisición*.

El entendimiento, el corazón, la fantasía, nada le deben al Protestantismo; antes que él naciese se desarrollaban con gallarda lozanía; despues de su aparición se desenvolvieron tambien en el seno de la Iglesia católica, con tanto lustre y gloria como

en los tiempos anteriores. Hombres insignes, radiantes con la magnífica auréola que ciñeron con unánime aplauso de todos los países civilizados, resplandecen en las filas de los católicos; luego es una calumnia cuanto se ha dicho sobre la tendencia de nuestra religión á esclavizar y oscurecer la mente. No, no podía ser así: la que ha nacido del seno de la luz, no puede producir las tinieblas; la que es obra de la misma verdad, no ha menester huir de los rayos del sol, no necesita ocultarse en las entrañas de la tierra; puede marchar á la claridad del día, puede arrosar la discusión, puede llamar al rededor de sí á todas las inteligencias, con la seguridad de que han de encontrarla tanto mas pura, mas hermosa y embelesante, cuanto la contemplan con mas atención, cuanto la miren mas de cerca.

CAPITULO LXXIII.

AL llegar al término de mi difícil empresa, séame lícito volver la vista atrás, como el viajero que se repone de sus fatigas, dando una mirada al dilatado espacio que acaba de recorrer. El temor de que se introdujera en mi patria el cisma religioso, la vista de los esfuerzos que se hacían para inculcarnos los errores de los protestantes, la lectura de algunos escritos en que se establecía que la falsa Reforma era favorable al progreso de las naciones, todas estas causas reunidas me inspiraron la idea de trabajar una obra en que se demostrase que ni el individuo, ni la sociedad, nada le debían al Protestantismo, bajo el aspecto religioso, bajo el social, bajo el político y literario. Propúseme examinar lo que sobre esto nos dice la historia, lo que nos enseña la filosofía. No desconocía la inmensa amplitud de las cuestiones que trataba de abordar, ni me lisonjeaba de poder dilucidarlas cual ellas demandan; emprendí no obstante mi camino, con

el aliento que inspiran el amor á la verdad y la certeza de que se defiende su causa.

Al considerar el nacimiento del Protestantismo, procuré levantar la mirada tan alto como me fué posible; haciendo la debida justicia á los hombres, atribuí gran parte del daño á la mísera condicion de la humanidad, á la flaqueza de nuestro espíritu, á ese legado de maldad y de tinieblas, que nos trasmitió la caída del primer padre. Lutero, Calvino, Zuinglio, desaparecieron á mi vista: colocados en el inmenso cuadro de los acontecimientos se presentaron á mis ojos como figuras pequeñas, imperceptibles, cuya individualidad no merecía ni de mucho la importancia que se les diera en otros tiempos. Leal en mis convicciones y sincero en mis palabras, confesé con sencillez bien que con dolor, la existencia de algunos abusos que se tomaron por pretexto para romper la unidad de la fé; reconocí que también les cabía una parte de culpa á los hombres; pero observé que cuanto mas resaltaban su debilidad ó su malicia, tanto mas resplandecía la providencia de Aquel que prometió estar con su Iglesia hasta la consumacion de los siglos.

Echando mano del raciocinio y de la irrefragable experiencia, probé que los dogmas fundamentales del Protestantismo suponían poco conocimiento del espíritu del hombre, que eran un fecundo de error y de catástrofes. En seguida, volviendo mi atención al desarrollo de la civilización europea, establecí un incesante parangon entre el Protestantismo y el Catolicismo; y creo poder asegurar que no me he aventurado á una sola proposición de alguna trascendencia, que no la haya confirmado con la prueba de los hechos históricos. Me ha sido necesario recorrer todos los siglos desde el establecimiento del cristianismo, y observar las diferentes fases que en ellos habia presentado la civilización; porque no me era posible de otro modo vindicar cumplidamente á la religión católica.

El lector habrá podido observar que el pensamiento dominante de la obra es el siguiente: "Antes del Protestantismo la civilización europea se habia desarrollado tanto como era posible; el Protestantismo torció el curso de esta civilización, y produjo males de inmensa cuantía á las sociedades modernas; los adelantos que se han hecho despues del Protestantismo, no se han hecho por él, sino á pesar de él." He procurado consultar la